

Introducción



EL TEMA

El tema de este libro es, ante todo, un estudio rural, el de los campos mediterráneos de Andalucía. Hemos elegido deliberadamente dirigir nuestros esfuerzos hacia el análisis de los cambios que se producen un tanto por doquier con más o menos brutalidad y de los mecanismos que regulan tales transformaciones. Nuestra óptica es, por tanto, desde este punto de vista, «modernista». Está claro, no obstante, que no se puede por ello dejar de recurrir a los hechos estructurales, indispensables para la comprensión de las realidades actuales. El estudio de tales fenómenos representa obligatoriamente el punto de partida de nuestras investigaciones, aunque no es más que esto.

Concebida de esta suerte, la cuestión aparece dominada por dos temas esenciales, en el núcleo mismo de la realidad del mundo rural actual en estas regiones.

En primer lugar, los campos de la Andalucía mediterránea se caracterizan de manera bastante original, poco usual en el seno del territorio andaluz. Se definen, en efecto, por la asociación íntima de dos fenómenos que, en función de ideas recibidas, apenas espera uno encontrar en Andalucía: la existencia más o menos exclusiva de una sociedad campesina extremadamente modesta que bordea casi siempre el *minifundismo* y la omnipresencia de una *naturaleza de montaña*, ingrata y difícil, que limita duramente todas las actividades humanas.

Es ésta una doble anomalía en una Andalucía que la tradición describe sin matices como la tierra elegida del latifundismo, al tiempo que le atribuye una reputación de fertilidad legendaria. Aquí se encuentra, en todo caso, la esencia misma de la vida rural de estas regiones donde los dos términos —minifundismo y hostilidad natural— no pueden, sin duda, entenderse el uno sin el otro. Es la especificidad de este sistema mediterráneo-andaluz lo que será preciso que intentemos analizar y explicar.

El segundo tema que surge, por otra parte, como una pro-

longación lógica del precedente es el de la *crisis profunda* que padecen hoy estas tierras. El edificio tradicional se resquebraja, se derrumba en capas enteras. La emigración deja vacíos estos pobres pueblos, amenaza con arruinar a la vieja sociedad campesina, trastorna su economía. El estudio de los campos de la Andalucía mediterránea se resume hoy, pues, en lo esencial, en el relato de una decadencia precipitada de los sistemas tradicionales. Es también, sin embargo, la constatación de un cierto renacimiento con la aparición muchas veces espectacular, de actividades modernas que vienen a relevar, acá o allá, a la vieja y desfallecida economía: el desarrollo fulgurante del turismo de balneario representa la forma más evidente de ello; más discreta, la emergencia de una agricultura moderna no deja de constituir, sin duda, un testimonio tan sólido del porvenir de estas tierras.

Nuestro propósito, ya se ve, se relaciona con el problema general de la evolución del campesinado mediterráneo. Sin embargo, no puede limitarse a ser sólo esto y a abstraerse demasiado del medio, cuando se trata de tierras cuya personalidad geográfica se afirma con tanto vigor en el espacio andaluz.

El espíritu regional, en efecto, no puede quedar ausente de nuestras preocupaciones. Por el contrario, él se marca en cada página, se impone incluso más o menos abiertamente a lo largo de algunos capítulos.

De hecho, no hay en ello paradoja alguna, por dos razones al menos.

En primer lugar, la sociedad campesina que ocupa el núcleo de este libro está íntimamente asociada al fenómeno de la montaña mediterránea. Por ello nuestras investigaciones se inscriben en un marco territorial de límites estrictamente definidos: el arranque meridional de las cadenas Béticas entre el meridiano de Gibraltar al oeste y el de Almería al este. Más allá, pasada la línea de crestas que cierra nuestra región, la vida rural presenta características profundamente diferentes desde el momento en que se penetra, por el norte, en el Surco Intrabético, hacia Antequera, Guadix o Granada. Mientras que la llanura o las suaves solinas suceden a la topografía caótica de las comarcas meridionales, los paisajes humanos revisten de repente una amplitud nueva: tras la confusión diminuta y la parcelación anárquica de los campos y de los cultivos en ladera, se impone la

simplicidad ordenada de grandes masas de cultivos homogéneos, la alternancia monótona, obsesiva, de los olivos y las inmensas parcelas de cereales. El clima, más duro, ha eliminado las múltiples producciones delicadas que complican hasta el infinito el balance agrícola de las comarcas meridionales. Sobre todo, el campesinado cede aquí el paso a las grandes propiedades que crean ya una atmósfera de Baja Andalucía. En efecto, las grandes cumbres, desde la Serranía de Ronda hasta los confines de la Sierra de Filabres, separan medios naturales, sociedades rurales y modos de utilización del espacio fuertemente en contraste. Aíslan dos mundos radicalmente diferentes. Nos encontramos ligados, por eso, a un espacio regional estrechamente acotado que, con una escasa profundidad de algunas decenas de kilómetros, corre a lo largo de cerca de 300 km, de oeste a este, a caballo sobre la parte meridional de las tres provincias de Málaga, Granada y Almería.

La violencia de los contrastes internos imponía, por otra parte, la toma en consideración permanente y el aprovechamiento, a propósito de cada fenómeno, de las oposiciones regionales. La evolución reciente de los campos de la Andalucía mediterránea viene a sumarse ya a esta necesidad de regionalización interna: la crisis y sobre todo las tendencias a la renovación de la economía rural acusan ya las oposiciones. El desarrollo turístico al igual que los focos de modernización agrícola se localizan apretadamente en el litoral e ignoran el interior. Estas son las bases para una verdadera redefinición interna del espacio regional cuya organización tradicional está en trance de modificarse completamente.

El deseo de asociar el examen particular de los problemas de la tierra con ciertas preocupaciones de orden regional nos lleva a contemplar un plan articulado alrededor de las tres partes siguientes:

— La primera parte pretenderá bosquejar el cuadro de las *tierras tradicionales*, describir los componentes agronómicos, ecológicos y sociales tal como aparecen hacia 1950, con anterioridad a los grandes cambios actuales. Es a ésta a quien corresponde la tarea de definir pero también de explicar la existencia de este «campesinado de montaña mediterránea» que caracteriza nuestras regiones.

— La segunda parte estará, a continuación, enteramente consagrada al fenómeno de *la ruptura reciente* que trastorna toda la vida rural de la Andalucía mediterránea y se expresa a la vez con la crisis profunda de las viejas tierras y con la renovación de algunos sectores modernizados.

— La última parte, síntesis dinámica, adoptará finalmente una perspectiva más regional mostrando cómo los elementos de la renovación desembocan en una verdadera *reorganización del espacio mediterráneo-andaluz*.

Sólo nos queda ahora, tras haber definido nuestros objetivos, tomar conocimiento de la zona e invitar al lector a un breve viaje de reconocimiento a través de sus paisajes.

LA REGION: UN MOSAICO DE PAISAJES (Fig. 1)

El primer contacto con la Andalucía del Mediterráneo nos deja un tanto perplejos. La extraordinaria complejidad de la región, y la diversidad casi infinita de paisajes que cambian a cada paso, se yuxtaponen en una especie de «puzzle» desprovisto, en un primer momento, de hilo conductor, desconcertando al observador con prisa por comprenderlo. Es, en efecto, la violencia de los contrastes lo que se impone como primera impresión y nos hace tomar conciencia de una extrema discontinuidad del espacio (1).

La Andalucía del Mediterráneo es una montaña que se precipita hacia el mar, brutalmente. La línea de crestas que con bastante regularidad superan los 2.000 m (hasta alcanzar los 3.500 m en Sierra Nevada) discurre a menos de 50 km de la costa. La erosión, sobreexcitada, ha formado profundos barrancos en esta inmensa vertiente. Resulta de ello un relieve atormentado, una naturaleza caótica, extraordinariamente comparti-

(1) Varios aspectos esenciales de la geografía de estas regiones han sido objeto ya de trabajos recientes:

— sobre la personalidad regional de la Andalucía mediterránea:

Sermet J. *L'Andalousie de la Méditerranée: région géographique espagnole*. Thèse de Lettres — Université de Toulouse. 1969. Inédita.

— sobre la geografía física:

Lhenaff R. *Recherches géomorphologiques sur les Cordillères Bétiqes centro-occidentales (Espagne)*. Thèse — Paris Sorbonne. 1977. Inédita.

FIG. 1. PAISAJES Y LIMITES DE LA ANDALUCIA MEDITERRANEA

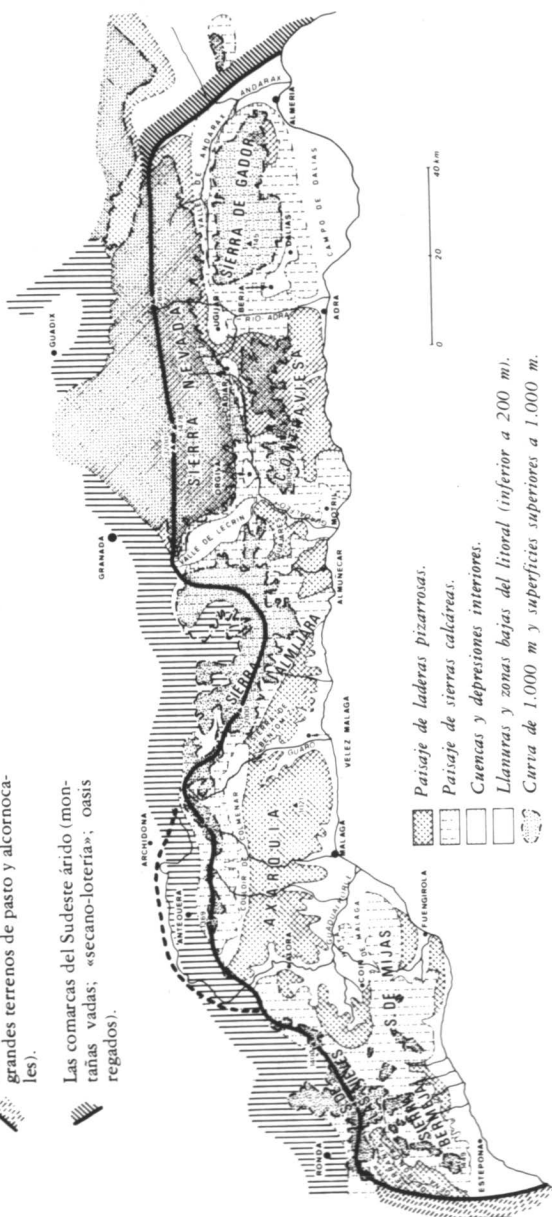
— Límite de la Andalucía mediterránea de montaña y campesina.

Límite hacia:

Las altas llanuras del surco intrabético (parcelario, generalmente regular en grandes mallas; preponderancia oleo-cerealista).

Las comarcas gaditanas (colinas con grandes terrenos de pasto y alcornocales).

Las comarcas del Sudeste árido (montañas vadas; «secano-lotería»; oasis regados).



mentada donde las pendientes, siempre fuertes, dominan por completo. La región, toda entera, es un mundo de vertientes enmarañadas cuya repetición se ve raramente interrumpida por algunos pasos heroicos y donde es preciso realizar algún esfuerzo para poder encontrar un principio de organización.

La espina dorsal del sistema está constituida por la enorme bóveda cristalina de la Sierra Nevada, prolongada hacia el este por la cadena de los Filabres que cierran el horizonte al norte y aíslan la Andalucía mediterránea de las altas planicies del Surco Intrabético. Pero este eje mayor carece de continuidad y desaparece totalmente hacia el oeste donde cede el sitio a los relieves complejos de estratos de corrimientos alpujárridos y malaguénicos que por una sucesión de cordilleras (Serranía de Ronda y Sierra Bermeja, Sierras Tejeda, Almijara, Sierra de Lújar, Contraviesa, Gádor) ocupan hasta la costa la mayor parte de la región.

De hecho, el espacio se reparte entre dos grandes tipos de paisajes morfológicos. Las zonas pizarrosas dominan largamente e imprimen al conjunto su carácter atormentado. Son estas comarcas con perfil en forma de garras o altas colinas disecadas hacia el infinito en un laberinto de barrancos irregulares, de crestas estrechas y de pendientes empinadas características de la Serranía de Ronda, de los Montes de Málaga o de la Contraviesa. Los puntos fuertes del relieve corresponden, sin embargo, en general, a las montañas calizas mucho más rígidas de aspecto: altas murallas desnudas que coronan las más de las veces el glacis de las colinas pizarrosas (Sierra Almijara, Sierra de Lújar, Sierra de Gádor).

Calcárea o pizarrosa la montaña ocupa, en todo caso, la mayor parte del espacio, sin gran aireación, y separa verdaderamente el litoral del interior. Las aberturas, de hecho, son extremadamente raras, sinuosas y trabajadas. En sentido longitudinal un surco deprimido parece iniciarse al pie de los ejes de las cumbres pero no ofrece en realidad más que una vía mediocre de circulación, estrecha y encajonada las más de las veces y, sobre todo, fraccionada en una serie de trozos (ramales) cortados los unos de los otros por tabiques difícilmente franqueables (pasillo de Colmenar; cuencas de Alpujarra).

El paso resulta apenas más fácil en el sentido de los meridia-

nos. Sólo algunos valles estrechos, interrumpidos por gargantas, bajan en pronunciada pendiente de la montaña y ofrecen mediores posibilidades de penetración hacia el interior. Ninguno de ellos, por otra parte, abre una vía realmente continua hacia el Surco Intrabético. La mayoría de ellos se enfrentan hacia arriba con la barrera montañosa que, en el mejor de los casos, no es franqueada sino al precio de un trazado heroico: así, el Guadalhorce, el Río Vélez, el Río Grande de Adra o el Río Andárax. Sólo el Valle de Lecrín, que se sirve del Guadalfeo, permite un acceso más fácil hacia Granada pero, en cambio, se cierra hacia abajo, donde sólo se comunica con el litoral a través de una estrecha garganta.

La tiranía de las laderas no cede finalmente sino en muy raros sectores estrechamente limitados al litoral. De nuevo, no se trata en absoluto de una franja continua de llanura, sino de una sucesión de minúsculas cuencas costeras, zonas de acumulación deltáica, en la desembocadura de los ríos principales. Sólo las cuencas de Vélez, Adra y sobre todo Málaga, en la desembocadura del Guadalhorce, o de Motril, en la desembocadura del Guadalfeo, ofrecen alguna amplitud. De hecho, apenas se encuentran vastos horizontes planos salvo al este de nuestra región, alrededor de Almería, donde la aridez climática ha podido favorecer la formación de grandes glacis en el borde de las cadenas litorales (Campo de Dalías).

La impresión de sobrecogedora discontinuidad espacial, o más bien de diversidad desordenada que inspira este relieve caótico, se refuerza aún más si se tienen en cuenta los extraordinarios contrastes ecológicos nacidos de tan fuertes desniveles en altitud y del estiramiento de la región en longitud. Es un tópico muy empleado en los prospectos turísticos el de subrayar cómo, en poco espacio, se yuxtaponen la exuberancia tropical de las cuencas litorales y la severidad de las altas cumbres casi permanentemente nevadas, la humedad oceánica de los confines occidentales y la árida esterilidad de las estepas de Almería. Los contrastes, de hecho, son impresionantes, los extremos se ven asociados en muy cortas distancias. Algunos kilómetros separan mundos tan diferentes como el de la alta montaña, fría y dura donde el invierno helado impide todo cultivo y, a lo largo de la costa, el de las vegas más cálidas de Europa donde se produce la

caña de azúcar y las frutas tropicales. Entre los dos, la transición es rápida y hace pasar, algunas veces en el interior de un mismo municipio, de los huertos de naranjas al olivar o a la viña y finalmente a los cultivos fríos submediterráneos, los cereales y las patatas. Las oposiciones se manifiestan, ciertamente, con menos brutalidad en el sentido longitudinal donde, a lo largo de unos 300 Km, las transiciones se llevan a cabo más suavemente. A una altitud media, el medio mediterráneo clásico donde se mezclan viña y olivos reina, por otra parte, sobre la mayor parte de las laderas. Pero hacia los confines, los contrastes se acusan y se tornan espectaculares. La extremidad occidental de la región sufre cada vez más netamente la influencia del Atlántico tan pronto se pasa el meridiano de Málaga hacia el oeste. El clima sigue siendo indiscutiblemente mediterráneo pero se mezcla ya con algunos rasgos oceánicos: el verano no es ya tan completamente árido, las lluvias crecen en proporción importante a lo largo del año hasta el punto de que las alturas de Ronda representan uno de los sectores más lluviosos de España. El medio ambiente se modifica ya considerablemente: la cobertura forestal se hace más vigorosa, más densa, las especies que la integran manifiestan claras afinidades con este matiz húmedo del clima (castaños). Es ya, a una cierta altitud, una zona boscosa cuyos paisajes frescos sorprenden agradablemente.

En la otra punta de la Andalucía mediterránea, en el este, la región de Almería presenta un aspecto radicalmente distinto. Es éste el sector más árido de Europa. El ambiente, por otra parte, no es ya europeo sino africano o incluso sahariano. La agricultura, difícil desde ahora sin la ayuda del riego, se concentra en algunos oasis de verdor. El espacio fuera de ellos está desesperadamente desnudo, azotado por la esterilidad. Las vertientes descarnadas suceden a los grandes glaciares recubiertos de una estepa rasa de esparto y de azufaífo.

Por violentos que sean, los contrastes naturales no son los únicos. Reforzadas año tras año por el desarrollo del gran turismo, las oposiciones humanas, las de los géneros de vida y de los medios sociales aparecen cada vez más exageradas. De una parte, en los pueblos de la montaña, aún bastante aislados a veces, se dan los gestos cotidianos, inmutables en apariencia, de una vida tradicional, de otra edad, la del campesino encorvado

sobre la azada, la del arriero, todavía visible en algunos lugares, o la del porquero. Contrabandistas, carboneros e incluso «bandoleros» acaban apenas de desaparecer. Más abajo, en la costa, con frecuencia a poca distancia, es un género de vida totalmente extraño el que nos ataca. El desarrollo fabuloso del turismo, en la Costa del Sol de Málaga, sobre todo, impone imágenes futuristas. La autopista, el tráfico febril del aeropuerto internacional, la multitud cosmopolita, desde el «hippy» al multimillonario, el urbanismo inhumano de los rascacielos jalonando la costa, crean otro mundo (2) sin relación con la tradición rural que reina todavía en las tierras atrasadas de la Andalucía mediterránea.

Así la región que estudiamos se define primeramente como una superposición de contrastes, violentos, de todos órdenes. Se caracteriza, de entrada, por una extrema discontinuidad del espacio, un «puzzle» hecho de piezas yuxtapuestas todas diferentes, donde se mezclan confusamente miseria y opulencia, severidad y dulzura, tradición y modernismo. Bajo este mosaico desconcertante que asocia en combinaciones variadas las laderas arborícolas, el saltus, las minúsculas vegas y, a veces, la urbanización, se transparenta todo aquello que constituye el alma de la región: un campesinado de montaña mediterránea.

(2) Ver «Torremolinos: L'Espagne entre parenthèses». *Le Monde*. 26 agosto de 1972.

Primera parte

*Un campesinado de montaña
mediterránea*
